

LOS COCOS DE BERRIZ



(Curiosidades históricas)

He presenciado en este Berriz cosas verdaderamente típicas, como acaso no se conserven en ningún otro rincón de Vizcaya.

Cierto día, no muy lejano, vi la formación de los nuevos hogares, la constitución de las familias, que no otra cosa son los matrimonios de esta tierra con los usos y costumbres que los acompañan, y estas costumbres son harto curiosas para que yo no las dedique breve atención, siquiera, en esta crónica

A lo largo del camino chirreaban los ejes mal ó poco ensebados de tres carretas de bueyes ó vacas.

En la primera se habían amontonado los muebles más necesarios al nuevo matrimonio, la cama matrimonial, de madera, proveniente de los nogales ó castaños de la seve ó del monte del caserío de los antepasados de la novia, labrada con un cabezal elevado como un altar, en cuyo centro resaltaba una figura de la Concepción, en colores que resistirán seguramente á la diluición del polvo y del agua, y con columnas de sus cuatro ángulos terminadas en unos remates de color negro abrigado con unos cerquillos dorados; los colchones y ropas necesarias, embutidas en grandes baules.

En el segundo carro, sosteniendo durante el balanceo la cómoda, la consola y la clásica caponera, iban jóvenes de ambos sexos, convidados á la boda, mostrando la alegría y el humor sanos que pueden ser

precursores de otro enlace en perspectiva; y en el último carro acompañados por los más íntimos, marchaba la pareja interesante, ella robusta nescarebosando una satisfacción sólo contenida por picarescas bromas y él con cara atontada, como la de todos los novios que han pasado á la categoría de maridos.

Aquella cabalgata, en marcha, acompasada y pausadísima, ello lo dice, á paso de carreta, salpimentada con toda clase de chistes y cánticos, siempre alusivos al hecho que se conmemoraba y remojada con abundantes tragos, había partido del caserío de donde la novia proveniera y marchaban al caserío del novio, en cuyos antuzanos esperaban los padres de éste á la comitiva, en la cual venía la nuera, que desde el día siguiente iba á convertirse en hija de los que habían labrado las tierras, que algún día serían de sus hijos, con el sudor de su rostro, durante la generación anterior, del mismo modo que lo habían hecho una interminable ascensión de sus abuelos.

La entrada en el nuevo caserío era solemne; el recibimiento al caer de la tarde bullicioso y más bulliciosa aún la algarada que duraba hasta que la campana de la próxima iglesia dejaba oír con ecos lejanos el sonido del Angelus que disolvía la reunión con las expresiones y abrazos más efusivos de contento y bienandanza.

Tal era la costumbre del país. Yo no conocía otra más característica que esta de que se disfruta en el triángulo topográfico que forman los caseríos de Berriz, Mallavia y Garay, es decir, este verdadero rincón de la montaña vizcaína, desde cuya estribación, cuando los hombres, en el amanecer del día tienden sus ojos al cielo en busca del astro sol, que es la más grandiosa obra de Dios, columbran en gallardas siluetas las acristaladas agujas del esbelto monte de Udala y las arrogantes moles de Amboto, Urquiola y Mañaria y en sentido opuesto la maciza y brumosa montaña de Oiz, que, á excepción de los días intensamente diáfanos, parece perderse en las inensidades de las nubes.



El médico de Berriz, Luis de Ugarte, que en su hercúlea naturaleza vasca profesa ferviente amor á lo tradicional hermanado con la amplitud de las ideas progresivas, había excitado vivamente nuestra curiosidad con un detalle de la procesión de Jueves Santo, cuyo origen se de-

bía perder allá en las perplejidades de la leyenda, y así debía ser, dada su nominación de Cofradía de los Cocos.

Llenos de curiosidad prometimos asistir á ella, y á Berriz fuimos, invitados por el simpático y afectuosísimo marqués de Berriz, con unos buenos amigos de Eibar y el chasseur más incomparable que ha nacido, Adolfo Guiard, cuyo apellida honran el elocuente orador, tan prematuramente muerto, Julio, y Teófilo, que en su obra de Bilbao ha escrito una de las pocas páginas de historia verdadera con que cuenta la literatura vascongada, que apenas ha traspasado los umbrales de la crónica

.....

Serían las cuatro de la tarde cuando penetramos en la iglesia de San Juan de Berriz. ¡Qué emoción tan honda posesionóse de mi espíritu! Se celebraban los oficios que la Iglesia Romana prescribe para este día. Bajo aquella espaciosa y dorada nave con tendencias á lo ojival por los numerosos nervios de sus arcadas, aunque toda su arquitectura es romana, incluso su maciza torre, se apiñaban en su parte delantera, sentados en toscos y antiguos bancos de roble y castaño, los hombres, y detrás las mujeres, todos limpios y clásicamente vestidos de negro, con una compostura digna del sagrado lugar en que se hallaban, pero contrastando con la aglomeración, apreturas y desorden que suele reinar en no pocas de las solemnidades religiosas que se celebran en más encoquetados templos.

Tapaba el precioso altar mayor, de estilo churrigueresco exuberante y bueno, un sencillo monumento, peristilo romano, significando que lo que tras de él se encerraba, era lo que aparecía velado con la pasión y muerte de Nuestro Señor.

En el espacio, entre la escalinata y las primeras filas de los asistentes á los oficios, aparecía tendida en el suelo y apoyada en el primer peldaño, la cruz parroquial, revestida de negro paño, (cuánto senti no poderla ver al descubierto) y cerca de ella, el paso Jesús atado á la columna, algo más adelante Jesús y la Verónica y al otro lado, casi en la línea central La Dolorosa, enfocada oportunamente por los rayos del sol que entraban por la ventana de encima del coro é iluminaban poéticamente la imagen en medio de aquella penumbra en que se cernía el templo, los tres con sus andas primitivas, los dos últimos muy inferiores al primero que me pareció muy bueno, como que para su época apenas alboreaban los genios escultóricos de Montañés y Sarcillo

En el coro de la derecha, en sitio contrario al órgano, se divisaban vestidos de blanco con caperuzas y mascarás del mismo color Los Cocos, dando lugar á que los niños y las imaginaciones exaltadas por el disfraz, fantaseasen no sé qué misteriosas tradiciones ó leyendas.

Los sacerdotes y la capilla mientras tanto salmodeaban los cánticos de rito, en medio del más sepulcral silencio

Concluidos éstos la blanca masa de Los Cocos descendió del coro, atravesó la iglesia, tres de ellos se prosternaron y besaron la cruz encubierta de negro y el último la tornó, era el honrado con su conducción, los demás se acercaron con sus orquillas á los pasos; también eran los encargados de llevarlos.

Vino el sermón y después comenzó la procesión carretera del barrio de Olacueta; la Cruz enarbolada primero, la Dolorosa la última, entre la doble hilera de hombres detrás de todos las mujeres, y en sus puestos Los Cocos y

¿Qué es eso de Los Cocos?

He aquí lo que he podido averiguar en un libro forrado en pergamino, de 59 hojas en papel de hilo, sin portada, á no tomarse por tal este sobrescrito en el pergamino S.^a Veracruz.

Año 1614:

«El día 6 de Agosto de 1614, usando de la Bula de Su Santidad de »Paulo quinto fueron y Elegieron sus nombres por confrades Las per- »sonas que serin sus nombres aquí escriptos para oy en adelante en la »confradía de la Sancta bera cruz, que comienza en este año De mill y »seiscientos catorce En esta iglesia de Sant Joan de Verirz, cuyos »asentarán en este Libro.»

Tal es su encabezado, seguidamente en una letra bastardilla española. clara, redonda, digna de los miniaturistas del siglo XIII, da cuenta de que primeramente en este susodicho año usando de la dicha bula de Su Santidad, consejo, inquisidores y comisarios generales y previsores fueron electos; para Abad Francisco Abad de Verriz, cura y beneficiado; por Mayordomos Juan López de Verrizbeytia y Pedro de Belacortu, y por Diputados Domingo de Batarrita y San Juan de Larizgoitia. Acordaron que los cofrades pagasen de entrada seis reales y los que se adhiriesen á la hora de la muerte diez y seisreales.

Durante este año de 1614 se inscribieron por cofrades 95, de ellos 18 varones y 37 hembras.

De éstas 22 mujeres de cofrades, 1 suegra y las restantes hermanas ó madres.

Esta primera acta la firman sólo el Abad, Verrizbeytia, Belacortu y Batarrita, pero no Larizgoitia, y de la firma del primero es la letra redondilla y hermosa que más arriba ponderamos.

Para etimologías vascongadas son un arsenal los apellidos y debe hacerse constar lo poblado de Verriz en esta fecha, puesto que no permitiéndose el ingreso como cofrades más que á casados, á algunas butas, froiras y dos doncellas figuran en 1615 nada menos que 120 personas, que seguramente representan otras tantas fogueras, como foralmente se decía.

En 1615 reunida la cofradía de la Santa Cruz de Mayo eligió para Abad á Pedro Abad de Zubía, beneficiado en la iglesia de Verriz; mayordomos á Domingo de Batarrita y San Juan de Larizgoitia y diputados Martin Ibañez de Sarria y Pedro de Uribe.

Se inscribieron 116 cofrades y á la hora de la muerte 4 más que pagaron á 16 reales de entrada.

Fueron pues 120 los cofrades y de ellos, cosa que nos prueba el gran vecindario de este pueblo, más de la mitad nuevos.

Este año se admitieron, no el anterior de 1614, doncellas y beatas; estas beatas debían pertenecer al Beatorio de mercaderías de Berriz convertido en convento el 5 de Agosto de 1550, bajo la advocación de la Vera Cruz.

Notemos que así como en la lista de 1614 sólo á un cofrade se anepone el don que lo fue Luis de Gamboa y Verriz, en este de 1615, aparecen con el don, Juan de Gamboa y con el doña, María Verriz Azcárate y Josefa de Bengoa, y como yo supongo los cuatro nombres pertenecientes a un linaje, sería curioso indagar qué familia fué ésta que en aquellos días tanto suponía en Berriz.

La cofradía de la Vera Cruz, siguió reuniéndose todos los años el día de la Santa Cruz de Mayo, unas veces en la torre, en el campanario, en la sacristía de la iglesia de San Juan y otras en la casa solar y en la casa Arriaga, camino y merindad de Durango hasta el año de 1906 en que finaliza el libro de actas que tengo á la vista, y de estas actas no puedo deducir la tradición de Los Cocos, pues en ellas se trata solamente del nombramiento de abad, mayordomos y diputados, del ingreso de nuevos cofrades y de la dación de cuentas.

Como no he podido examinar la bula de Pío V, no sé qué fines

movieron á su fundación, aunque del empleo de sus escasos fondos deduzco que eran exequias y sufragios para los cofrades difuntos.

No obstante esta falta de datos puede afirmarse que el importante papel de Los Cocos en la procesión de Jueves Santo, es tradicional y está seriamente arraigado en los cofrades, pues cuentan que hace luenos años pretendió cierto cura párroco suprimirlos, y en poco estuvo que no pisasen las cosas á mayoies convenciéndose al fin todos de que lo tradicional sólo se pierde por voluntad ó negligencia de los mismos interesados, pero muy dificilmente y nunca en paz, por el poder de la autoridad.

Sea el que quiera el juicio que estas fantasmagorías nos merezcan, por su parte externa, hay en su fondo un detalle que conforta y auxilia á la buena armonía entre vecinos de un mismo pueblo y aleja los espíritus de que en ellos engendren y arraiguen las rencillas, los odios y las malas pasiones.

Cuentan los que están enterados de las interioridades de la cofradía que al penetrar Los Cocos en la iglesia, en la subida al coro se aposta el cofrade mayordomo y pregunta uno por uno á los demás enmascarados:—¿Has cumplido con la iglesia este año?... ¿Tienes algun malquerer con tu prójimo? Y sólo cuando contestan afirmativa y negativamente al respectivo de las preguntas, separa el mayordomo su vara en cruz que es el signo de su autoridad y pasan.

Y no le demos vueltas; como el hombre no abandona nunca ese dejo supersticioso que bebemos en las inocentes diversiones de la infancia, todo lo que reviste apariencia misteriosas nos impresiona y al emocionarnos riega nuestras almas de un benéfico consuelo, que nos engendra la inclinación al bien, y á amar al prójimo como á nosotros mismos que es la más pura fórmula de la caridad cristiana.

FERMIN HERRAN.

